



Francisco Larroyo

“El ser histórico de América, de Edmundo Ó Gorman”

p. 41-48

Conciencia y autenticidad históricas

Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Francisco Larroyo

**EL SER HISTÓRICO DE AMÉRICA,
DE EDMUNDO O'GORMAN**

1. *La nueva historiografía.* 2. *Historiología y antropología.* 3. *La comprensión histórica.* 4. *América como cosa en sí.* 5. *América como ente geográfico.* 6. *América ente histórico.* 7. *La civilización americana.* 8. *Apreciación.*

Hablar de Edmundo O'Gorman es discurrir nada menos que sobre las rutas actuales de la historiografía e historiología de América. Sus libros, de continuo polémicos por renovadores, constituyen ya un hito en esta área de investigaciones.

1. *Nueva historiografía*

La nueva historiografía de América, a decir verdad, se inicia tras la guerra mundial número uno. La historia comienza a ganar en las ciencias, de preferencia en las ciencias sociales, un muy alto predicamento. Todas ellas reclaman su concurso, advirtiendo que sin una historia de sí mismas se hallan incompletas. El método histórico tiene ya carta de ciudadanía en la investigación social. A ello han contribuido nuevas concepciones de la tarea histórica. Una de ellas, la menos reciente, es la que echa mano de un método y forma sociológicos. El mexicano Carlos Pereyra ofrece en su *Historia de América*, un concienzudo esfuerzo de esta forma historiográfica. La selección de los hechos tiene como fin dar el mayor relieve posible a los hechos colectivos. Los hechos militares y políticos, subraya Pereyra, figuran sólo como medios para explicar la organización de las sociedades, para determinar sus caracteres y para hacer palpable la acción que las unas ejercen sobre las otras.

Por lo que concierne a los conceptos rectores de la reconstrucción histórica, ha tenido y tiene en la historia de América sensible influencia la idea de síntesis histórica, de Henri Berr. (La síntesis histórica no es algo así como un resumen de sucesos, sino un hecho representativo, substancial, del acontecer humano.) “La sín-



42 *Francisco Larroyo*

tesis, dice Berr, es la combinación de los factores contingentes, necesarios y lógicos de la Historia.” También, sobre todo en la historia de las ideas en América, se recurre a los conceptos historiográficos de J. Huizinga, S. Meinecke y A. Toynbee, bien que limitado. En particular, de este último, se hace eco la historiografía americana de que la característica de la edad actual es la de encontrarse el hombre inmerso en un proceso universalizador, del cual el historiador debe hacerse cargo. Finalmente, E. O’Gorman, propugna con tesonero empeño que los historiadores adquieran conciencia de su método y sus metas de trabajo. El mismo, renovador, discurre, enseña, escribe que la historia es tema y conciencia de la vida.

2. *Historiología y Antropología*

Justo: esta voluntad de profundizar en lo histórico, ha hecho de O’Gorman un historiólogo en toda la fuerza del término. Como doctrina de la esencia, factores y sentido de la historia, la historiología, en efecto, comprende la vida de cada época y lugar a fin de calibrar los rendimientos de los sucesos, dentro del curso de la cultura. Mas tan compleja tarea empuja, en plenitud de sentido, el estudio del hombre histórico, a la investigación del ser concreto del hombre en un determinado periodo y en cierto paraje de la Tierra.

A este hombre concreto ¿cómo se le conoce en su real existencia? Hay una rama del saber a quien compete la investigación del hombre en términos ontológicos: la antropología filosófica. Ella muestra que el hombre es un continuo hacerse. La vida humana, como dice Ortega, es un gerundio y no un participio. Por ello, a fin de entender al hombre precisa servirse de categorías aptas para captar el desarrollo —ya de signo positivo, ya de signo negativo— de su cambiante existencia. Y es que el hombre por su libertad de acción y por irreversibilidad de vida, es un ente histórico. Se es de algún modo por haber sido esto o aquello. El texto de lo humano tiene que ser descifrado por medio de la razón histórica. Mas la historia es la historia de la cultura humana. El hombre es un ente histórico en virtud de que es productor y reproductor de bienes culturales. El lenguaje, las costumbres, el derecho, la religión, el arte, la ciencia, son ingredientes constitutivos de lo humano. Sin ellos, el concepto de hombre pierde todo contenido, queda reducido a un esquema biológico.

Todo ello va dicho en que el hombre tiene una participación activa en la producción de los bienes culturales y un poder, mayor



o menor, para bien o para mal, de cambiar o transformar ésta su obra. La cultura como estilo de vida, por otra parte, nos hace patente otra característica de lo humano. Quiera o no, el hombre se exterioriza, se produce en su obra; no puede vivir sin expresarse de algún modo, y gracias a ello propaga sus formas de existencia. La antropología filosófica, la teoría del hombre constituye, pues, el necesario instrumento para construir, a escala filosófica, los tipos histórico-culturales.

3. *La comprensión histórica*

Una renovación de la historia de América, supone un cambio de conceptos en la manera de entender la historia y sus métodos. O'Gorman, ha tenido, a fuer de pensador, que acometer esa empresa. La cronología de su obra intelectual, lo confirma cumplidamente. La historia no es para O'Gorman el mero relato del pasado. Frente a tal concepto tradicional, toma partido por un concepto vivo, prospectivo de la historia, por así decirlo.

En la reconstrucción histórica, el historiador no observa pasivamente el pasado. Al contrario, modela el relato, echando mano de categorías temporales. Dentro de éstas precisa computar su circunstancia vital, así como la sociología de su época.

Es urgente, dice O'Gorman, habilitar el concepto de historia como vivencia en el presente de acontecimientos pretéritos. La historia como ciencia no consiste sólo en el aparato fatigoso de la erudición, sino muy principalmente en la reconstrucción de los sucesos pasados en lo que tienen éstos de vivencia contemporánea. El documento y la crítica sólo constituyen el cimiento de sustentación del edificio histórico. “La verdadera ciencia histórica consiste en mostrar y aplicar la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro.”

Aparejado a este concepto, va el tema del sentido de la historia. Comprender un hecho pasado es una tarea de simpatía teórica. Supone el esfuerzo ideal de situarse en parecida circunstancia y en homogénea intención de las que tuvo el protagonista del suceso. Comprender históricamente es ante todo descubrir móviles y objetos concretos, que determinaron lo acaecido. En la raíz de la comprensión histórica está la proyección analógica, cierta recreada actitud de homogeneidad de vida. Pero ¿qué significa hacer actual, inmanente un hecho pretérito de manera tal? —Captar el sentido, la orientación, la finalidad íntima e intrínseca de lo histórico.



44 *Francisco Larroyo*

4. *América como cosa en sí*

Partiendo de una nueva historiología, hace ver O’Gorman que, hasta ahora, no se han podido poner en claro el tema y los temas de América.

La historiografía en uso ha dado a luz una imagen contrahecha del mundo americano. Precisa una crítica, una obra de desmonte de cuanto se ha escrito. Por ello, O’Gorman ha emprendido ya una cruzada para rescatar la idea del descubrimiento de América, por ahora en manos de honestos fámulos “al servicio de una vieja aristócrata arruinada”. En su libro *La idea del descubrimiento de América, historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, muestra los errores a que ha sucumbido, irreflexiva, abrumada por tediosa erudición, la historiografía americana sobre este tema tan fundamental y de urgente tratamiento.

Suele verse en América un “ente descubrible”. Entonces, América resulta ser una infinidad de cosas: ya pura y simplemente uno de los continentes de la Tierra; ya el conjunto, suma o más que, suma, de varias naciones; ya tierra de oportunidad y de libertades o bien de iniquidad y tiranía; ya campeón y arsenal de la democracia o baluarte de imperialismo y abuso; ya mundo joven y pujante o decrepita y fallida copia; ya, en fin, quién sabe cuántas cosas más que se multiplican a la luz de preferencias y repugnancias, de simpatías y odios. Y a esta balumba hay que añadir, para hacer más espeso el caos, las distinciones nacionales y regionales y la muy importante y decisiva entre las dos Américas, la anglosajona y la hispanolatina, que con frecuencia amenazan la unidad del concepto genérico, porque mucho de lo que se dice de la una no reza para la otra y a veces con exageración tal, que parece se habla de dos mundos tan netamente distintos, que ya no se sabe por qué ambos merecen el título de americanos.

Las consecuencias de este realismo ingenuo llevan a la concepción de América como cosa en sí. Si se admite que América es un ente descubrible, se cae en la idea de que constituye una realidad que ya existía como tal cuando Colón llegó a ella: un ente, pues, que estaba allí desde siempre en disponibilidad para ser descubierto, sin que nada importe que el momento histórico en que fue percibido, la idea que se tenía del mundo impedía concebirlo. En suma, que la condición de posibilidad de la idea que se tiene acerca de América, consiste en pensar a ese ente como una cosa en sí. (Confróntese, O’Gorman: *América en Estudios de Historia de la Filosofía en México*, 1963).



5. América como ente geográfico

En su obra *La invención de América*, 1958, estudio encaminado a mostrar cómo la cultura de Occidente se universaliza al correr de los tiempos, acomete la tarea de elucidar el ser de América, desenredando con pulcros expedientes la madeja enrevesada, profusa, casi laberíntica, de fuentes de todo tipo y valor. Dos fases ofrece el problema de cómo y cuándo surge América en la historia: a) la invención de América como ente geográfico, vale decir como un nuevo Continente y no como una parte de Asia; b) los orígenes y desarrollo de América como ente histórico (la invención de América como proceso histórico-universal). Colón, Vesputio, Pedro Mártir, Waldseemüller, cada cual de relevante manera, contribuyeron a que, ya a principios del siglo *xvi*, se llegara a la idea de América, como una nueva parte, la cuarta del mundo. La segunda fase del tema, más compleja, clave de todos los temas del acontecer euro-americano, se extiende desde la fecha de la invención geográfica de América hasta nuestros días.

En este punto, se advierte cómo O'Gorman, al develar que lo geográfico es inseparable de lo histórico, penetra de manera omni-comprehensiva en el ser de América.

Dice: partamos de que si América fue admitida junto a Europa, Asia y África, como una de las partes del mundo es que, por alguna razón se la estimó equiparable a ellas, no precisamente por tratarse de una asimilación fundada en circunstancias accidentales como son la forma de los litorales, la situación geográfica, el clima y otras por el estilo, porque desde ese punto de vista América ofrecía tan grandes y extrañas novedades que más inducirían a diferenciarla de las otras partes que a equipararla con ellas. Y así vemos que expresamente se aclaró que el accidente diferencial más notable, o sea el de estar América separada de las otras tres partes por las aguas del océano no impidió la asimilación.

Pero si no es ése el orden donde puede encontrarse el motivo que buscamos, tendrá que radicarse en algo que, siendo común, les sea esencial a las cuatro partes, precisamente, en cuanto que son eso, es decir, componentes de un todo. Visto así el problema, la respuesta es obvia: el motivo de la equiparación, en efecto, no puede ser sino la idea de que tanto Europa, Asia y África como América participan de una y la misma naturaleza, que no es, evidentemente, sino la naturaleza que le comunica al mundo su unidad fundamental, con tal independencia de las peculiaridades privativas de cualquiera de sus partes.



6. *América ente histórico*

Por ello, la única respuesta al ser de América, es la que ve en ésta una entidad en desarrollo histórico. En verdad América es un proceso histórico, no un ente concluso, algo así como una substancia. La inventa y concibe Europa, al principio, como una posibilidad fecunda, pero a su imagen y semejanza. Europa se considera el albacea de la cultura universal. Mas la invención, que no descubrimiento, es una inagotable actualización de posibilidades, como lo es la historia humana en su radical existencia. Por tanto, el verdadero problema es averiguar qué es ir siendo América por sí misma. Ahora bien, la historia ha dado ya la respuesta. América como entidad histórica, fue posibilidad efectiva de superar aquella invención que, en cierto modo, reducía, como no anulaba, la originalidad americana. Frente a esta amenaza surgió, así, un proceso disolvente en dirección opuesta. “En efecto, al dotar Europa a América con su ser, inició su propia desintegración ontológica, de manera que, en la medida en que América fue realizando en su historia el ser europeo, aniquilándose a sí misma, en esa medida la individualidad de Europa se fue disolviendo en un despliegue histórico de autoliquidación.”

Hoy, Europa cancela su cerrado provincialismo de concebir lo universal como patrimonio exclusivo. “Así como en su primera etapa, agrega O’Gorman, el proceso canceló el pluralismo implícito en la arcaica noción de la Ecumene, en su segunda etapa canceló el dualismo histórico entre un Viejo Mundo y un Nuevo Mundo, purgando a la idea de la historia universal del particularismo original en que fue concebida. En esto estriba la revolución: de manera que, si nos preguntamos de nuevo, qué es América, podemos contestar que es la instancia que hizo posible, en el seno de la cultura de Occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la Tierra y la de concepto de historia universal a toda la humanidad. “Su invención y su historia tienen, pues, el supremo significado de haber sido el modo como aquella cultura creó, por virtud de su contradicción interna, la condición de posibilidad de una futura concordia humana. Otra cosa es que se alcance tan alucinante meta, porque eso depende de los hombres; no de los dioses.”

7. *La civilización americana*

La conclusión es obvia: América es una entidad geográfica e histórica a la vez; su existencia, que no esencia, hace factible su



civilización. América como ente histórico, así, lleva en su entraña la posibilidad de realizar valores culturales, que aunque traídos de Europa, en mucha parte, cobran aquí un sentido propio, puesto que aparecen referidos a su ser de tal suerte que no sólo lo afectan, sino que lo van constituyendo. Así, entre América y su historia se establece, no aquella relación externa entre la piedra y las peripecias que le acontecen, sin un vínculo constitutivo como el que existe entre un hombre y su biografía. Se puede decir pues, con máximo rigor, que la historia atribuida a América es suya, como que ambas se confunden e identifican. América, por consiguiente, no sólo resulta capaz de tener historia, sino que eso es, y a ello se debe que hayamos podido comprender su aparición como resultado precisamente, de su propia historia. Y así todo lo que sigue, su exploración, su colonización, sus venturas y miserias, etcétera, ya no forman una cadena de sucesos accidentales, sino un proceso significativo de la manera en que América se realiza a sí misma dentro de los límites de su posibilidad ontológica.

8. *Apresiasión*

La doctrina de O'Gorman, referida mayormente a América, suministra esenciales conceptos para comprender la historiografía y la historiología en general.

Toda verdadera historia es, en definitiva, historia viva, actual, y, consecuentemente, un llegar a ser, dentro de la universalidad, de que Europa adquiere conciencia al advenir América. Gracias a ello, O'Gorman ha puesto en relieve que lo histórico en su autenticidad es imagen prospectiva del sentido de la vida humana.

La idea de sentido, así, viene a aglutinar el ser y el devenir de América. Aunque cambiante por principio, la historia de América tiene un ser, es algo. América es un sujeto histórico que cambia en un cierto y peculiar sentido; es algo individual en sus múltiples manifestaciones. En todo cambio, incluso en el cambio histórico, cambia algo. En la realidad histórica este algo es una dirección de la existencia humana con un estilo de vida.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS